

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

LA PUERTA DEL SOL, EN 1800.

(CONCLUYE.)



ESTOS últimos forman una inmensa mayoría; ellos son los que hormiguean en derredor del edificio de Correos, llenos los bolsillos de lastre mineral y la cartera de inscripciones anónimas; ellos son los que poseen la verdadera ciencia de hallar siempre el filon, y ellos en fin, los verdaderos hombres de este siglo minero. Ya los veremos reunidos en junta general ó en junta de gobierno; los mineros son tan aficionados á juntas y á discusiones, y son tan diestros en ellas, que arrancan con un solo discurso 500 ó mas quintales de plata de la mas estéril de las rocas. Pero no una plata de mala ley, ni de naturaleza cuestionable, sino acuñada en pesos duros mejicanos, capaces de convencer y de confundir al mas incrédulo de los mortales.

En la misma Puerta del Sol, al aire

libre, sin pozos ni galerías subterráneas. trabajan á cielo abierto una porción de minas, y descubren filones de una potencia enorme, sin mas trabajo que el de echar un barreno al oído de los incautos.

Las voces mas usuales en aquellos círculos son las siguientes:

Virgenes de la Zarza á 12500.—San Antonio á 4000.—Esperanzas á 100 duros.—Un cuarto de Ilusiones en 20000 reales.—Media Santa Clara en 700.—La Tercera Nicolasa á 700 &c.

Y al recitar de semejante tarifa, acompaña el misterioso descubrimiento de un enorme pedruzco, recién llegado á la plaza, y que viene anunciando un fortunon disparatado.

Se trata de un riquísimo criadero de plata nativa que buscando setas, por ejemplo, descubrió un pobre pastor, al cual cuatro amigos le compraron el secreto, en cuatro ó cinco diez, ó doce mil duros; la cantidad no hace al caso, aunque es el único mineral positivo que se ofrece á la vista del comprador. Por supuesto que no se ha querido dar participacion sino á los amigos, ni se han emitido mas que cien acciones, repartidas como pan bendito entre diez sujetos. Hay pedidos á docena y hasta el gobierno quiere tener participacion

en el negocio; pero todos quedarán iguales, porque ese tesoro se guarda para los amigos.

Si los que escuchan la historia del criado son capaces de hallar otro pastor, que buscando setas se hunde en plata hasta la rodilla, se sonríe y el barreno no da resultados. Pero el verdadero minero no gasta la pólvora en salva y cuando agarra la mecha, el golpe es seguro. Dificilmente dejará de oírle algun honrado propietario de aquellos bienaventurados mortales, que el año de 1808 pusieron sus economías dos varas debajo de tierra; y cuatro años despues tres varas mas hondas; y en 1820 no se hable, y cuando entraron los Angulemas no se diga. A estos inocentes ancianos, que cuando oyeron hablar de donativos patrióticos echaron cinco llaves á la gabela, y al nacimiento del sistema tributario estrenaron un cerrojo de quince pulgadas de grueso. les ha trastornado el cerebro el humo de carbon de piedra, y revoloteando como las mariposas en derredor de la luz del gas, maldicen la crisálida del obscurantismo y abogan por las minas, apenas curados del descabro de las sociedades anónimas.

Para estos descubrió la mina el pastor, y estos son los que tienen la ingra-

titud de trocar los retratos de á 320 reales, que le dejaron sus amados monarcas Carlos 3º y Carlos 4º por un pedazo de papel continuo, perfectamente litografiado y lleno de rúbricas y gergolíficos.

A sus casas vuelven todos los días cargados de ilusiones y ricos de esperanzas, con cuatro ó cinco onzas de menos en los bolsillos del chaleco y 20 ó 25 libras de mas en los de la levita ó la casaca.

De lo que pasa allí dentro nada podemos decir en este cuadro, y lo dejamos para mas adelante que pensamos hacer la obra de caridad de escribir una completa historia del minero.

Otro sacrificio no menos meritorio nos falta que hacer antes de terminar el presente retablo. Hemos ofrecido asomar las narices al apostadero ministerial y ya no tiene remedio. Es preciso dejarse llevar por las circunstancias y situarse en el esquinazo de la calle del Carmen, ó mejor dicho, en el primer tercio de la calle de la Montera.

Aunque la nave del Estado vaya en bonanza, milagro que rara vez acontece, y esté en calma el siempre proceloso mar de las pasiones políticas, el barómetro del apostadero señala nublado, ó vario, ó tempestad y en una palabra, crisis. Los habitantes del apostadero no saben vivir fuera de ese elemento; necesitan la crisis como el pez necesita el agua, y el pescador las grandes avenidas del río. Y esa necesidad es muy natural; se comprende con solo saber que ninguno de aquellos isleños es ministro, ni siquiera subsecretario, ni aun director, y si Vds. me apuran, ni escribiente de direccion.

Figúrense Vds. y se figuran la purísima verdad, que toda la gente que allí se reúne es mayor de edad y por lo tanto libre para gastar como mejor le plazca. Su hacienda es el tiempo y le emplean en tomar el sol en invierno y la sombra en verano, quitando y poniendo ministros, sublevando provincias, levantando partidas de facciosos y trazando conflictos internacionales.

Al forastero que cruza por entre los grupos, se le antoja que son otras tantas cuadrillas de vagos que están allí pasando el tiempo, como pudieran pasarlo en presidio ó en cualquier otro entretenimiento parecido, y resulta que el forastero se engaña como un chino; que á decir de las gentes, casi siempre engañados por los hijos del Celeste imperio, son los mayores bobalicones del mundo. Los vagos del apostadero ministerial son gente tan aplaudida, que el menos trabajador se atreve á tomar sobre sus hombros, y aun á pecho, la presidencia del consejo de ministros. Todos ellos son como el verdadero aficionado á la caza, que cuando no puede echarse á la cara reses mayores, se va al soto á buscar conejos, ó sale á matar perdices, y á falta de estas vá á matar vencejos, y por último, si no hay mas que gorriones, á los gorriones tira, que no es cosa de volverse á casa moral vacio.

El verdadero habitante del apostade-

ro sale á cazar noticias, y si es tiempo de veda en el campo ministerial, dirige la punteria á las provincias ó al extranjero y caza lo que se le presenta para no volver á su casa desprovisto de noticias.

Acércase al primer grupo de amigos y les saluda diciéndoles: ¿Que tenemos? V. dirá le responden.—Yo no sé nada, replica sonriendo, anoche á última hora se dijo si habia crisis... pero yo no lo creo.

Aun no ha pronunciado la palabra crisis cuando se destaca del grupo algun amigo y acercándose á otro corrillo, dice con aire de misterio:

Señores, noticia, el ministerio está en crisis.

Y mientras los políticos baten el cobre en el apostadero, siguen cruzando el lago y haciendo conversiones de sol y sombra los demas parásitos de las islas inmediatas; mirando al reloj, cada vez que repite la hora, esperando que sea la una para ver salir la gente de la misa del Buen Suceso, y resignándose á continuar allí hasta las seis de la tarde, á cuya hora parten los correos, siempre favorecidos por una extraordinaria é incansable concurrencia de ociosos, que todos los días parece que ven por primera vez rodar un coche.

El negociante perrero, que desde la celebre Mariblanca se retiró del bullicio del siglo á la soledad de la Plazuela de las Descalzas, es la figura mas importante de la Puerza del Sol, sigue inmóvil, con su alforja llena de habitantes del Nuevo Mundo ó de peninsulares rebajados; que esto de hacer pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense y teñirle la piel hasta dejarle negro como el ébano, es el gato por liebre del comercio canino.

Nunca pregonan su mercancía, y aun hay quien dice que le ha visto enternecerse cuando ha tenido que hacer el sacrificio de cambiar un perro por una onza de oro; pero esto no se sabe de cierto, y no falta quién diga que no llora el perrero, sino el marido de la señora que compra el perro. Cosa muy natural, no por el dinero sino por los pobres animalitos que están sugetos á un tráfico capaz de escitar el día menos pensado la filantropía de los ingleses; gente tan humana y tan compasiva, que por acudir al socorro de los negros, tiene la abnegacion de ver morir de hambre á sus propios hermanos los blancos de Irlanda y aun á los mismos bretones.

Los demas negociantes de la Puerta del Sol, son todos negociantes de poco pelo. Aguadores, fosforeros, bollereros y algun otro vendedor de papel cortado para cartas. Industria tan moderna como la de escribir, que en cierta clase de gentes tiene muy poca antigüedad.

Pero cuando en este asunto y en otros comparamos el estado de hoy con el de ayer, nos parece que estamos un paso de mañana. Y esto es tan cierto, que antes de pasar adelante en estos cuadros del presente, vamos á echar una mirada retrospectiva para que el lector pueda medir por si propio el ca-

mino que hemos andado en estos últimos años.

Antes de desplegar los grandes lienzos de la coleccion, bueno será que nos entretengamos en dibujar el cuadro de la transicion de lo pasado á lo presente, empezando por abrir el testamento de D. Cándido Retroceso, que como sabe el lector, falleció de una pulmonia francesa en año de 1808.

ANTONIO FLORES.

UNA PELUCA.



RA el año de 1857, época en que quien esto escribe, contando seis años menos y muchos cabellos mas, veía con horror ese *chisme* llamado peluca. Horror profundo, repugnancia, asco, todo eso me producía el ver esos cabellos muertos, tan difíciles de conservar en estado de perfecta limpieza y que en vez de hacer aparecer á la persona que los lleva de menos edad la envejecen. Esto advertido, voy á referir lo que me sucedió en la llamada ciudad imperial de los Estados Unidos á propósito de una peluca.

Mrs. G *** era por aquel entónces la *belle* de Nueva York. Jamas faltaba de Broadway en las horas del día, ni de Bloomingdale Road por las tardes, ni de los teatros por la noche. La admiracion era su alimento; y como estaba segura de inspirarla donde quiera que se presentase, se prodigaba con una liberalidad que otras mujeres juzgan imprudente por cuanto tiende á vulgarizarlas y hacermenor la impresion que producen; pero Mrs. G *** creía que podía desafiar victoriosamente ese inconveniente. He aquí las armas conque se presentaba á sostener el cetro de la hermosura.

Principiaré por el nacimiento del cabello desde donde comenzaba á destacarse una frente de marfil como pulida por un escultor del imperio celeste.—¿Cuanto podría contener de pensamiento aquella frente elevada y al parecer pensadora?—Eso lo suplía la imaginacion exaltada de quien la veía bajo la influencia de sus ojos de negras pupilas y de espresion profunda. La nariz era del corte griego. *Don Junipero* no habria podido encontrar en ella la mas pequeña imperfeccion: habria olvidado su don caricaturístico contemplándola. La boca "cárcel de perlas" aprisionadas entre rubies, (1) reclamaba pensamientos y besos al propio tiempo: su delineacion hablaba al alma: el espesor de sus labios prometia la felicidad conyugal. Oh! si yo fuera partidario de la Mitología haria ahora salir de un brinco á Vénus de entre las espumas del mar, ó descender á Diana de su alto pedestal para que rindiese culto á mi heroína; pero no hay necesidad de ello: con ir á la glorieta de Puentes Grandes y seguir cuando se baila la danza la direccion de todas las miradas, se encontraría

(1) Suplico á los que juzguen gongorina la parte mia de la frase que anoto, me avisen para corregirla en la segunda edicion de mis obras.

N. del A.

el anhelado término de comparacion. (Has adivinado, lector, de quien se trata?—No? —Pues no mereces que yo me aventure á estampar un nombre aquí, á riesgo de provocar el enojo ó encender las mejillas de la persona á quien pertenece) Sus brazos y manos parecían de cera ligeramente sonrosada, y sus piés no eran suyos, habían sido importados espresamente para ella de esta ciudad en el vapor *Empire City*.

**

Y ya que dejó trazado el retrato de Georgina que es como la llamaré en adelante, debo declarar bajo estricta reserva que me enamoré de ella perdidamente. La seguía á todas partes subyugado por su hermosura, fascinado aunque sin esperanza, cuando hé ahí que un amigo me ofrece en el teatro presentarme á ella. Mi temeraria persecucion habia dado un buen resultado: las americanas han heredado en mayor grado que ningunas otras mujeres la curiosidad de Eva. Por insinuacion de ella misma (!!!) merecia yo la honra de ser introducido en sus salones. Esto, que puede parecer jactancia, tratándose de americanas, nada significa; y en el caso presente, me apresuro á declararlo, nada significó; pero yo no podia entonces dejar de darle la mayor importancia. Así somos.

—¿Iremos esta noche á casa de Georgina? me dijo Don Antonio, comerciante de Centro-América que tenia cuarto contiguo al mio en el Hotel *Metropolitan*.

—Por de contado, le contesté; como que tengo ya asegurada una polka con ella.

Y como eran las ocho y media de la noche nos pusimos en camino.

Al entrar en la casa encontré á la persona que me habia presentado en ella.

La sala estaba espléndida: veinte ó veinticinco de las mas hermosas mujeres de Nueva York acompañadas de otros tantos jóvenes casi todos extranjeros, hacian crujir el piso del salon al acompasado vaiven de la polka-mazowrka. La reina no estaba en la sala, pero á poco se presentó *walking in beauty*, como dice Byron.

—“Oh! cuan hermosa te miré yo siempre, Mas tan hermosa como entonces nunca; No ya mortal, para mis ojos fuiste Célico númen.”

La estrofa anterior me libra de una descripción; y me alegro, porque yo no sé hablar del corte de los vestidos, ni conozco toda esa moderna gerigonza francesa, compuesta de nombres como glacé, ruches, &c. &c. Me conformo con decir que Georgina estaba vestida de seda y que su vestido, su cuello, su cabeza y sus manos estaban salpicados de brillantes. Despues de saludarme salió á bailar y se confundió entre los danzantes.

—Tengo que hablarte, me dijo el amigo á quien encontré en la puerta.

—Estoy á tus órdenes contesté; y nos dirigimos á un rincon de la sala.

—Acabo de hacer un descubrimiento estupendo.

—De que se trata?

—Georgina es vieja.

—Imposible!

—Es un hecho consumado. ¿Ves aquel caballero de cabeza cana que se acerca á saludarla?

—Sí.

—Pues bien. El la conoce hace veinte y dos años, en cuya época hizo su entrada

en el mundo. Era una coquetuela frívola; pero Mr. G *** que como sabes pertenece á una familia opulenta de esta ciudad, se enamoró de ella y no obstante su humilde origen se casó con ella. Despues se marcharon á Europa y allá adquirió Georgina esos modales de gran señora. Esa es la razon porque casi nadie la conoce en Nueva York, y aun se cree que para evitar reminiscencias su tertulia se compone de extranjeros.

—Todo lo que acabas de decir trasciende á envidia de ese viejo, porque sus hijas se ven constantemente eclipsadas por la hermosura de Georgina. Pero aun dado que fuese cierto lo de la edad, puedo destruirlo con un solo argumento. ¿Qué quiere decir *ser viejo*? ¿Es haber cumplido cierto número de años? Supon que Georgina tenga treinta y nueve, lo cual no creo. Pues con todo eso no es vieja. Contempla su frente tan tersa y sus ojos que irradian vida y felicidad; vé cuan ágilmente se desliza al compás de la música. (En aquel instante pasaba por delante de nosotros), y, sobre todo, observa la placidez de su sonrisa: es imposible haber llegado á los 39 años sin que algun desengaño haya dejado su huella impresa en el semblante.

—Es verdad; pero hay muchas personas que conservan fresca la cara á una edad avanzada.

—¿Y su conversacion casi infantil?

—Se atribuye á falta de inteligencia.

—Falso! tiene un talento admirable: hé aquí la prueba. Y saqué de mi bolsillo unos versos compuestos por ella, que no incluyo en esta relacion por haberseme extraviado.

—Esos versos pueden haber sido escritos por otra persona, replicó mi amigo; pero esa no es la cuestion: se trata de la edad: es vieja, no lo dudes.

—Nadie podrá convencerme de ello.

—Tengo una prueba mas concluyente que tus versos.

—Quiero saberla.

—Temo destruir la ilusion que te has formado.

—No importa: la verdad es el tributo que se deben mutuamente los buenos amigos.

—Pues bien, si dices eso sinceramente, te diré que.....

—¿Acabarás?

—Obsérvala bien: si no caes en cuenta, si no lo descubres por tus propios ojos, te lo diré despues que hayas acabado de bailar.

(CONCLUIRÁ.)

ALBÉRICA.

FÁBULA.

EL AGUILA Y LA SERPIENTE.

Alza el águila su vuelo
Hasta do oculta su frente
Pirene, en manto de hielo,
Y á su cumbre por el suelo
Sube rastrera serpiente.

Que en busca de puesto honroso
Vuela, con noble ambicion,
El corazon generoso,
Y se arrastra el asqueroso
Con servil degradacion.

MARIO.

EL CRISTO DE LA CALAVERA.

LEYENDA TOLEDANA.

(Continúa.)

I.

No obstante, Lope y Alonso permanecieron impasibles, mudos, midiéndose con los ojos de la cabeza á los piés, sin que la tempestad de sus almas se revelase mas que por un ligero temblor nervioso, que agitó á sus miembros como si se hallasen acometidos de una repentina fiebre.

Los murmullos y las exclamaciones iban subiendo de punto; la gente comenzaba á agruparse en torno de los actores de la escena; doña Inés, ó aturdida, ó complaciéndose en prolongarla, daba vueltas de un lado á otro, como buscando donde refugiarse, y evitar las miradas de la gente, que cada vez acudia en mayor número. La catastrofe era ya segura; los dos jóvenes habian ya cambiado algunas palabras en voz sorda y mientras que con la mano sujetaban el guante, con una fuerza convulsiva, parecían ya buscar instintivamente con la otra el puño de oro de sus dagas, cuando se entreabrió respetuosamente el grupo que formaban los espectadores, y apareció el rey.

Su frente estaba serena; ni habia indignacion en su rostro, ni cólera en su ademán.

Tendió una mirada al rededor, y esta sola mirada fué bastante para darle á conocer lo que pasaba. Con toda la galanteria del doncel mas cumplido, tomó el guante de las manos de los caballeros, que, como movidas por un resorte, se abrieron sin dificultad al sentir el contacto de la del monarca, y volviéndose á doña Inés de Tordesillas que apoyada en el brazo de una dueña, parecia próxima á desmayarse, exclamó, presentándolo, con acento, aunque templado, firme.

—Tomad, señora, y cuidad de no dejarle caer en otra ocasion en donde al devolverlo, os lo devuelvan manchado en sangre.

Cuando el rey terminó de decir estas palabras, doña Inés, no acertaremos á decir si á impulsos de la emocion, ó por salir mas airosa del paso, se habia desvanecido en brazos de los que la rodeaban.

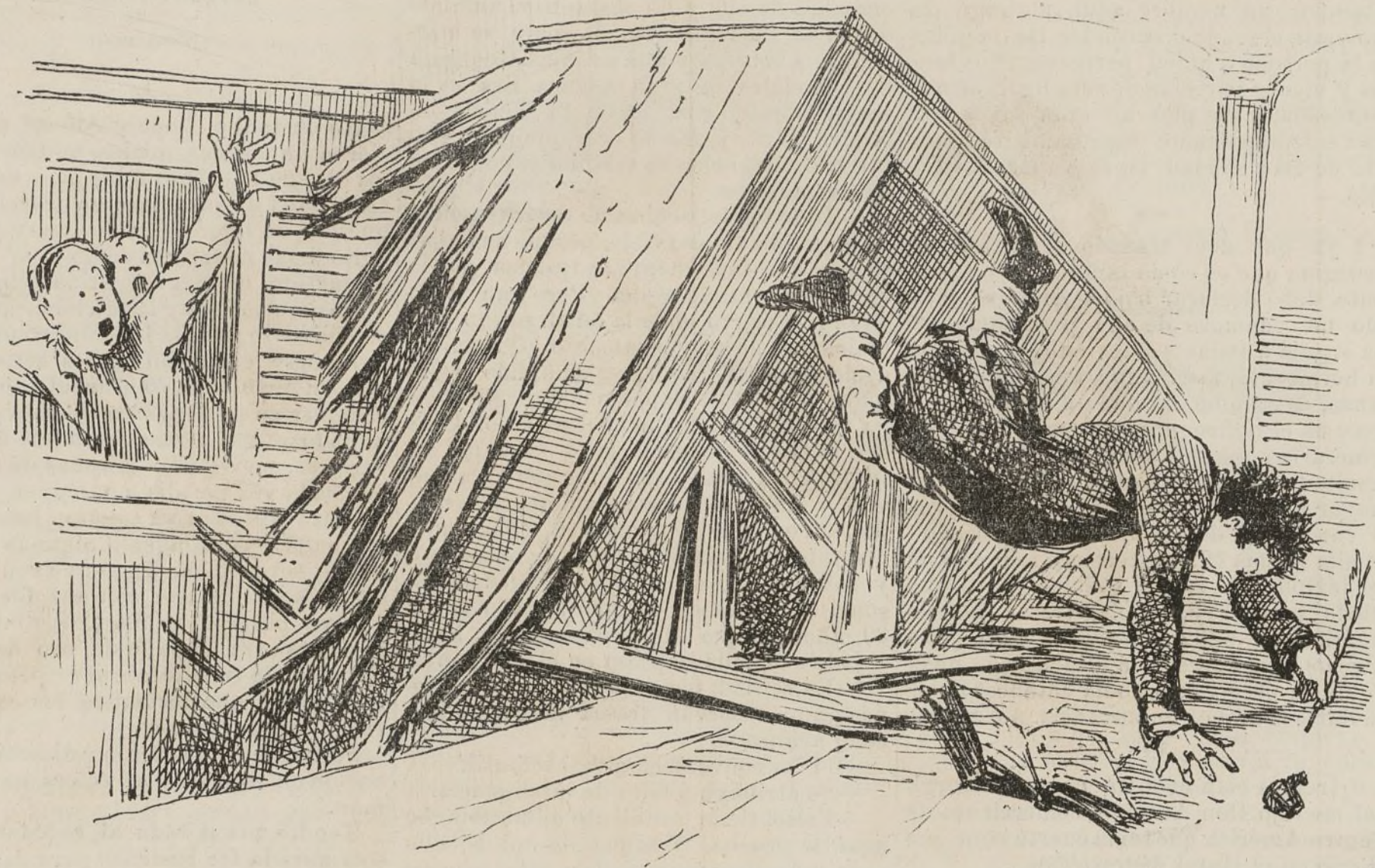
Alonso y Lope, el uno estrujando en silencio entre sus manos el birrete de terciopelo cuya pluma arrastraba por la alfombra, y el otro mordiéndose los labios hasta hacerse brotar la sangre, se clavaron una mirada tenaz é intensa; una mirada en aquel lance, equivalia á un bofetón, á un guante arrojado al rostro, á un desafío á muerte.

II.

Al llegar la media noche los reyes se retiraron á su cámara, terminó el sarao, y los curiosos de la plebe que aguardaban con impaciencia este momento, formando grupos y corrillos en las avenidas del palacio, corrieron á estacionarse en la cuesta del Alcázar, los Miradores y el Zocodover.

Durante una ó dos horas, en las calles inmediatas á estos puntos, reinó un bullicio, una animacion y un movimiento indescriptibles. Por todas partes se veian cruzar escuderos caracoleando en sus corceles ricamente enjaezados, reyes de armas con lujosas casullas llenas de escudos y blasones, timbaleros vestidos de colores vistosos, soldados cubiertos de armaduras

INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE MARIANAO.



El despacho de billetes de Marianao, se inaugura de una manera poco agradable para el espendedor.



-De dónde vienes en ese estado.....?
-De Marianao, hija mia.
-Pero si estás completamente achispado!
-No me digas nada, mujer: esa agua del Pocito es tan fina, que es capaz de trastornar á cualquier estómago delicado

INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE MARIANAO.



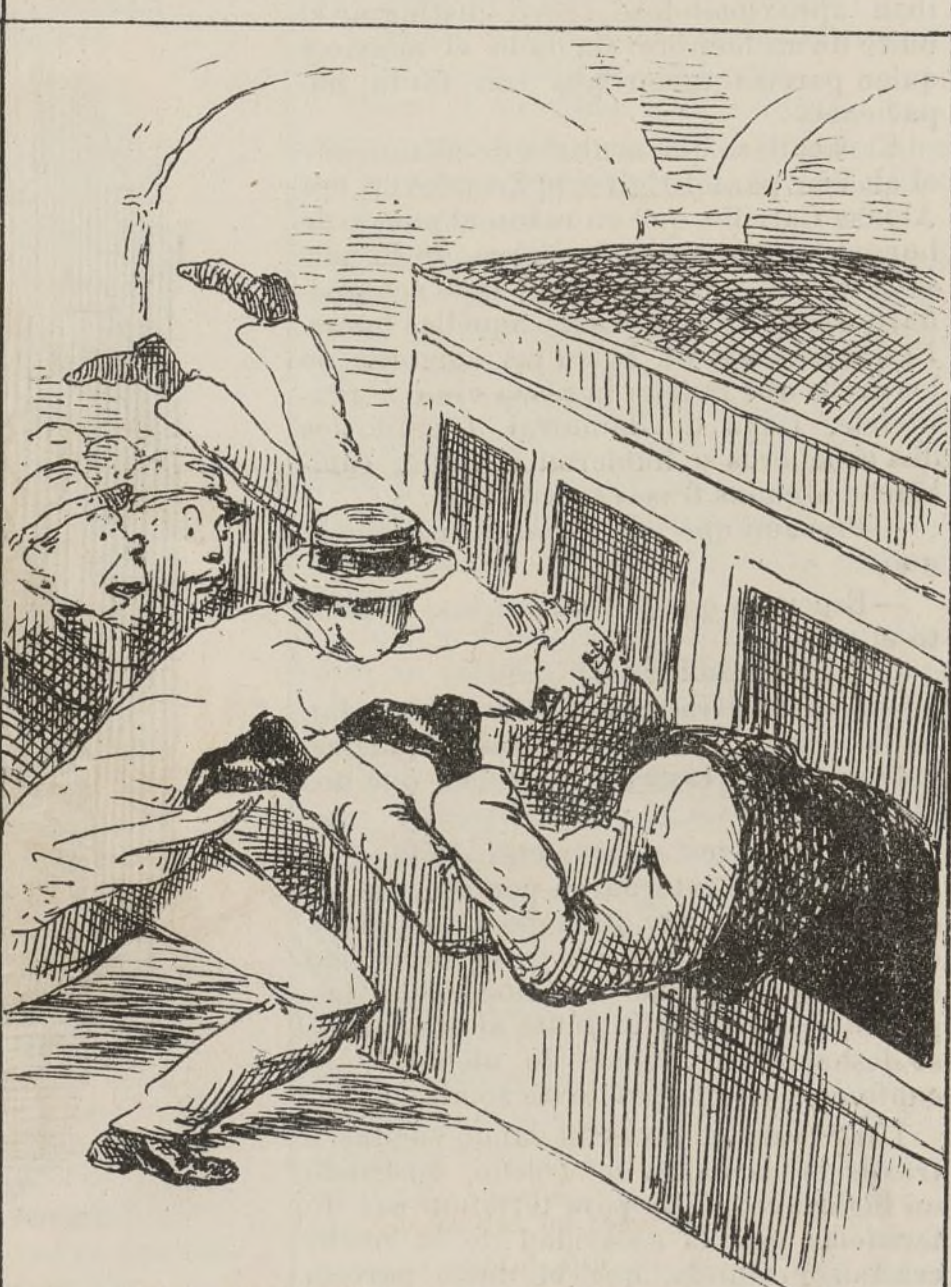
—Dos reales de ida y dos de vuelta, ¡no es caro! Pero 4 pesos de un sombrero y doce de una levita, ¡esto sí es caro.....! y habrá luego quién diga que me he divertido.....!



Un asiento aprovechado.
Un buen marido debe sostener decorosamente á su familia.



—Qué haces, esposo mio?
—Hija, esta es la manera mas sencilla de salir de este carro. ¡Sígueme! Dice la ley, que la mujer debe seguir á su marido.



¡Al asalto!—medio seguro de encontrar puesto.

resplandecientes, pages con capotillos de terciopelo y birretes coronados de plumas, y servidores de á pié que precedían las lujosas literas y las andas cubiertas de ricos paños, llevando en sus manos grandes hachas encendidas á cuyo rojizo resplandor podía verse la multitud que con cara atónita, lábios entreabiertos y ojos espantados, miraba desfilar con asombro á todo lo mejor de la nobleza castellana, rodeada en aquella ocasion de un fausto y un esplendor fabuloso.

Luego, poco á poco fué cesando el ruido y la animacion; los vidrios de colores de las altas ojivas del palacio dejaron de brillar, atravesó por entre los apiñados grupos la última cabalgata, la gente del pueblo á su vez comenzó á dispersarse en todas direcciones, perdiéndose entre las sombras del enmarañado laberinto de calles oscuras, estrechas y torcidas, y ya no turbaba el profundo silencio de la noche mas que el grito lejano de vela de algun guerrero, el rumor de los pasos de algun curioso que se retiraba el último, ó el ruido que producian las aldabas de alguna puerta al cerrarse, cuando en lo alto de la escalinata que conducía á la plataforma del palacio apareció un caballero, el cual, despues de tender la vista por todos lados como buscando á alguien que debia esperarle, descendió lentamente hasta la cuesta del Alcázar, por la que se dirigió hácia el Zocodover.

Al llegar á la plaza de este nombre, se detuvo un momento, y volvió á pasar la mirada á su alrededor. La noche estaba oscura; no brillaba una sola estrella en el cielo; ni en toda la Plaza se veía una sola luz; no obstante, allá á lo lejos, y en la misma direccion en que comenzó á percibirse un ligero ruido como de pasos que iban aproximándose, creyó distinguir el bulto de un hombre: sin duda el mismo á quien parecia aguardaba con tanta impaciencia.

El caballero que acababa de abandonar el alcázar para dirigirse al Zocodover, era Alonso Carrillo, que en razon al puesto de honor que desempeñaba cerca de la persona del rey, habia tenido que acompañarle en su cámara hasta aquellas horas. El que saliendo de entre las sombras de los arcos que rodean la plaza vino á reunirsele, Lope de Sandoval. Cuando los dos caballeros se hubieron reunido, cambiaron algunas frases en voz baja.

—Presumí que me aguardabas, dijo el uno.

—Esperaba que lo presumieras, contestó el otro.

—Y ¿á dónde iremos?

—A cualquiera parte donde se puedan hallar cuatro palmos de terreno donde revolverse, y un rayo de claridad que nos alumbre.

Terminado este brevisimo diálogo los dos jóvenes se internaron por una de las estrechas calles que desembocan en el Zocodover, desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche, que despues de aterrorizar un instante al que los vé, se deshacen en átomos de niebla, y se confunden en el seno de las sombras.

Largo rato anduvieron dando vueltas á través de las calles de Toledo, buscando un lugar apropiado para terminar sus diferencias; pero la oscuridad de la noche era tan profunda, que el duelo parecia imposible. No obstante, ambos deseaban batirse, y batirse antes que rayase el alba, pues al amanecer debían partir las huestas reales, y Alonso con ellas.

Prosiguieron, pues, cruzando al azar plazas desiertas, pasadizos sombríos, callejones estrechos y tenebrosos, hasta que, por último, vieron brillar á lo lejos una luz; una luz pequeña y moribunda, en torno á la cual la niebla formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa.

Habían llegado á la calle del Cristo, y la luz que se divisaba en uno de los extremos, parecia ser la del farolillo que alumbraba aun á la imagen que le da su nombre.

Al verla, ambos dejaron escapar una exclamacion de júbilo, y apresurando el paso en su direccion, no tardaron mucho en encontrarse junto al retablo en que ardía.

Un arco rebundido en el muro, en el fondo del cual se veía la imagen del Redentor enclavado en la cruz y con una calavera al pié, un tosco cobertizo de tablas que lo defendía de la intemperie y el pequeño farolillo colgado de una cuerda que lo iluminaba débilmente, vacilando al impulso del aire, formaban todo el retablo, al rededor del cual colgaban algunos festones de yedra que habían crecido entre los oscuros y rotos sillares, formando una especie de pabellon de verdura.

Los caballeros, despues de saludar respetuosamente la imagen de Cristo, quitándose los birretes y murmurando en voz baja una corta oracion, reconocieron el terreno con una ojeada, echaron á tierra sus mantos, y apercibiéndose mutuamente para el combate y dándose la señal con

un leve movimiento de cabeza, cruzaron los estoques. Pero apenas se habían tocado los aceros y antes que ninguno de los combatientes hubiese podido dar un solo paso ó intentar un golpe, la luz se apagó de repente y la calle quedó sumida en la oscuridad mas profunda. Como guiados de un mismo pensamiento, y al verse rodeados de repentinas tinieblas, los dos combatientes dieron un paso atrás, bajaron al suelo las puntas de sus espadas, y levantaron los ojos hácia el farolillo, cuya luz, momentos antes apagada, volvió á brillar de nuevo al punto en que hicieron ademán de suspender la pelea.

—Será alguna ráfaga de aire que ha abatido la llama al pasar, exclamó Carrillo volviendo á ponerse en guardia, y previniendo con una voz á Lope que parecia preocupado.

Lope dió un paso adelante para recuperar el terreno perdido, tendió el brazo y los aceros se tocaron otro vez; mas al tocarse, la luz se tornó á apagar por si misma, permaneciendo así mientras no se separaron los estoques.

—En verdad que esto es estraño, murmuró Lope mirando al farolillo, que espontáneamente habia vuelto á encenderse, y se mecía con lentitud en el aire, deramando una claridad trémula y estraña sobre el amarillo craneo de la calavera colocada á los piés del Cristo.

(Finalizará.)

PROGRESOS INFANTILES.



—Vamos, Chuchita: tócame una de esas irresistibles que tú sabes.

—Para qué?

—Porque quiero bailar la brava en el baile infantil del Tívoli y voy á ensayarme.

—Muchacho! eso no se debe bailar en ninguna parte.

—Ay! pues yo he visto en bailes de temporada algunas parejas de ¡suénamelos pinton!

DISCURRAMOS, CAPITANES.

*Che dolce più, che più gioconte stato
Sarai di quel di un amoroso core?
Chè viver più felice è più beato
Che ritrovarsi in servitù di Amore?
Se non fosse l'uom sempre stimolato
Da quel sospetto rio, da quel timore,
Da quel martir, da quella frenesia,
Da quella rabbia detta gelosia.*

ARISTO.

Perdona, Amor, si tras deberte un goce,
El único tal vez de mi existencia,
Hoy tu bondad mi musa desconoce:

Habla por mí la voz de la conciencia,
La voz de la razón, la autorizada
Voz que nace ó se forma en la experiencia.

Si á tus favores no debiera nada
Tranquilo viera en tí, sino envidioso,
De la vida la prenda mas preciada;

Pero fuiste conmigo generoso
Y un tiempo morador del pecho mio,
Y á tal bien debo el fin de mi reposo.

A tu inmenso calor sucede el frío
De un aliento glacial que hiela el alma,
Y de la edad primera mata el brio.

¿Porqué atentaste, Amor, contra mi calma
Lanzándome á querer y de halagüeño,
Brillante triunfo dándome la palma?

¿Acaso te llamé? ¿No en dulce sueño
Hallaste el corazón que hoy siente enojo
De haber cedido á tu tenaz empeño?

Reniego veces mil de tal antojo
Y de capricho tal que, al fin de niño,
Hoy de juguete tórname despojo.....!

¿Qué es, dime, si lo sabes, el cariño,
Tú que le inspiras y en el propio instante
Borras lo bello de su grato aliño?

Travesura ¿es verdad? de tu inconstante
Genio infantil, punible travesura
Que dice bien con tu gentil talante!

¿Quién de tu voz resiste á la dulzura
Ni quien puede pensar que amargas penas
Guardes en una flor de esencia pura?

A tus instancias, de atractivo llenas,
Cede el alma infeliz, y apenas cede
Vé cuanto son pesadas tus cadenas;

Pero ya entónces preceindir no puede
De vivir en tu lazo aprisionada,
Y aunque de él quiere huir, no retrocede.....

Y es que el alma, una vez enamorada,
Tal parece que goza en sus dolores
O á fuerza de sentir no siente nada.

Cadenas, sí, cadenas son de flores
Las que formas, Amor, flores divinas,
De las mas estimadas las mejores;

Pero flores tambien con que alucinas
Mostrándolas fragantes cuanto bellas
Y ocultando sus pérdidas espinas.

Tú con tus trazas me pescaste en ellas,
Y hoy en la tierra enuéntrome pescado
Mirando en cada brinco las estrellas.

¿Qué gracia! ¿no es verdad niño mimado?
¿Te divierten mis ansias, angelito.....?
De buena gana diérate un bocado!

Mas lo que extraño es verme en el garlito,
Yo, que tengo colmillos de elefante
Y á nada sin pensar me precipito.

Amor! Bueno es Amor! ¿Quien de constante
Puede en él blasonar? ¿Quien tiene flema
Para seguir con él siempre adelante?

Llama al principio, como llama quema
Y en fuerza de su ardor saca de quicio
Al que á su clara luz no dá en la yema;

En la yema, en el quid ó precipicio
Que delante de sí tiene el malvado
Para hundir al mortal de mas juicio.

Pero una vez el afanar pasado,
Ese afanar de turca que estasia,
¿Qué queda al pobre corazón quemado?

Un recuerdo de ayer, como diria
Cualquier poeta en su mirar visiones,
Pero no revestido de poesia,

Un recuerdo metido en nubarrones
De mala y turbia y repugnante prosa
Que no disipa el sol ni á tres tirones.

Habrán en él, si se quiere, mucha cosa
De placeres de hogar, de ese misterio
En que cansada el ánima reposa;

Empero en esa paz de cementerio
No faltará á la vez mucho fastidio
A modo de sainete semi-sério.

El de siempre metálico subsidio,
La camorra del chico que ignorante
De lo que quiere hacer corre al suicidio:

El perfume de flor nada fragante
De un inmenso monton de ropa sucia
Unido al de otra flor mas repugnante:

La siempre en juego mugeril argucia
Para sacar partidas de dinero,
Que hay que aflojar huyendo de su astucia;

De esa astucia que en tono mas severo
Pudiera hasta llamarse socaliña
Para engordar la bolsa del tendero.

La tonta, eterna y de entre-mantas riña
Por si á Pepa, Asuncion, Ventura ó Paca
Traidor el ojo del consorte guiña;

O bien, cuando la esposa es currutaca,
Por si con el vecino, ó no vecino,
Llevar quiere á levosa la casaca

Ay Amor! En el libro del destino
No hay escrita mas bárbara sentencia
Que la de ser por tí pobre pollino.

Y vanas son astucia y suficiencia
Para escapar de tus agudas garras;
Sino de golpe, al cabo con paciencia
A cuantos nacen sin remedio agarras.

CIGARRON.

EPIGRAMAS.

Un día de desatino
Y de fiesta nacional,
Por orden municipal
Dióse al pueblo en balde vino.

Ya tarde, cierto vecino,
Llamado Blas Iturralde,
Sin catarlo, ante el Alcalde
Por vino se presentó,
Y al verlo el juez exclamó:
"Este tambien vino en balde."

Allá por el matadero
Tuvieron una agarrada
Una mula mal hablada
Y un záfio carretonero.

Y un espectador calcula,
Por los discursos que oyó,
Que aunque la mula perdió
Llevaba razón la mula.

Tocándose la montera
Dijo el tonto Gil Basadre:
"Madre,

Que se me cae la tontera."
Y la madre, al ver lo que era,
Al buen Gil al punto dijo:
"Hijo,
Ojalá se te cayera!....."

CIGARRON.

EL TIEMPO Y LAS MUJERES.

Si efectivamente es cierto lo que
acabo de leer en un libro escrito por
un grande hombre, debemos al bello
sexo y á nadie más, los frecuentes y
repentinis cambios atmosféricos que
experimentamos.

Esta noticia tal vez sorprenderá á
nuestras lectoras, pero *yo como me lo
cuentan lo refiero*. Me inclina á creer
que lo dicho por el sábio en cuestion,
es verdad, pues siendo la mujer una
reunion de gases diversos, no me admira
influya tanto en las diferentes fases
atmosféricas.

El libro dice así:

"Cuando las mujeres se miran al es-
pejo veinticinco veces seguidas en un
cuarto de hora, *buen tiempo*."

Si se descompone su tocado y arre-
gla el pelo con desden, abre el abanico
con fuerza y mira impaciente en der-
redor, *nublado*.

Si todo la incomoda, aprieta los cor-
dones de su bota, sacude el abanico,
es que sopla el aire de Norte y la mu-
jer está armando la *tempestad*, esto es
que hay jaleos de embustes, amasorios
y riñas.

Cuando las mugeres se hacen las in-
diferentes, oyen y no contestan, *llueve*.

Si se mira al espejo, entorna los ojos,
se sonríe y pasa la mano por el pelo,
es que el aire viene de Levante y anun-
cia *calor*.

Cuando las mujeres juran amor es
que sopla Sub-Oeste y va á *llover*.

Cuando piden flores ó ligas nuevas
de fijo cerca está la *granizada*.

Pero si escriben á su adorado tor-
mento que desean tenerle á su lado, que
no pueden vivir sin verle, *lloverá pron-
to á cántaros*.

Cuando veais correr sus lágrimas á
la menor palabra que se las dirija, apre-
tarse las manos y pasarse ésta por la
barba, *tiempo revuelto*.

Si anda inquieta, se sienta, y levan-
ta á cada instante, cierra los ojos, los
abre y vuelve á cerrarlos, se muerde
los lábios y arruga el entrecejo, no hay
que dudarlo: *temporal desecho, rayos y
truenos*.

Pero si deja caer los brazos con des-
den, se sacude el vestido y mira á los
pies, *calma completa*, señal de próximo
engaño."

Si á todo esto añadimos que de al-
gun tiempo á esta parte las mujeres
han tomado á moda hacerse las dis-
traídas, mirar al soslayo, y dar al an-
dar ciertas sacudidas *poco aristocráti-
cas*, no debemos dudar que el sábio
astrólogo tenia razón, siendo la mujer
una *tormenta* en movimiento y su ca-
beza la *veleta* que señala los vientos.

Suplicamos pues, á nuestras bellas
lectoras estacionen la aguja atmosféri-
ca, y no aumenten el nublado pues
con el de ayer hemos tenido bastante
con que remojarnos el cuerpo y el alma.

JUNIPERADAS.

Hemos recibido la siguiente carta que trasladamos sin comentarios ni correcciones:

“Muy Sr. mio: No dudando de la educación de V. de que seré atendida, me tomo la libertad de suplicar á V. que se sirva dar por medio de su ilustrado periódico (le dé) una crítica á las jóvenes de la calle San..... entre Compostela y Habana, pues no respetan ni edad ni secso, pues con todò el mundo que pasa se meten, ya diciendo palabras que no corresponden á su secso ya diciendo dichos como “anda que te compren bollos.” &c.

Favor que jamas ha dudado no se le conceda, como tambien el de que no publique el nombre de esta.

S. S. S. Q. B. S. M.”

—Está V. servida, Sra. D^a Cármen Ma..... adios! ya se nos escapaba el nombre.

Y va de cartas. Otra se ha recibido en esta redaccion, del pintoresco alemán á quien nos referimos en nuestro número anterior y nuestra imparcialidad nos obliga á insertarla sin quitarle ni ponerle.

“Sr. el retactor de beriódico de Don Yunipero

Losté no sabas lo que diss cuand diss que yo no lo bodia hábla in gasdellana mas mehor que cangrejiera. Muchos bersonas que losté conoco lo sapan que yo canta un cansion de bais que yo regla yo memo y como este:

Yo ten tomatas
Yo ten sibolas
Yo ten pimente
Ten perajil.
E tu non sabas
Chinita brosa
Que son las cosa
Que yo tengue qui.

Losté mi jas favor que soy S. S. S. Q. B. S. M.

(Aquí hay en lugar de firma un garato incomprensible.)

Allá vá una candidez de un hijo de los campos.

Se sentó con mucha gravedad en uno de nuestro cafés mas concurridos y pidió una taza de caté con leche.

Trajéronsela y preguntó cuanto valia todo aquello.

—Un real, dijo el mozo.

—Hombre! no es caro ¡qué caro! es de valde.

Y despues de haberse tragado el contenido, se metió muy tranquilamente en el bolsillo taza, plato y cucharilla.

Vdes. lo creerán si quieren, pero costó un trabajo ímprobo el convencerle de que los efectos no entraban en aquel precio y que el líquido solo era lo que costaba un real.

Hay gentes muy testarudas.

El otro dia se hablaba en una reunion de doctos sobre elecciones de tésis para que un hombre estudioso pudiera lucirse.

Un señor propuso con mucha formalidad lo siguiente: *¿Por qué Cain despues de haber matado á Abel no fué pasado por las armas?*

Esto recuerda al que dió para asunto de un cuadro *la sorpresa de Holofernes al despertarse y hallarse sin cabeza.*

Un ejemplo de tios crueles.

Un sobrino que debia bastantes picos suplicaba á su tio que le pagara algunas cuentas atrasadas, por las cuales le molestaban estraordinariamente el sastre, el zapatero y otros *naturalizados con des ingleses.*

—Tio, págume V. estas deudas y le juro á V. que no vuelvo á contraer otras.

—No, hombre! respondió el tio; prefiero no pagar estas y así estoy tranquilo y seguro de que no volverás á tener otras, porque no habrá quien te fie.

Dice un periódico francés:

—Cómo se pueden distinguir un francés, un inglés y un ruso bebiendo cerveza?

—Se ponen delante de los tres, tres vasos de cerveza y una mosca en cada uno de ellos.

El francés tira la cerveza con la mosca, el inglés quita la mosca y bebe la cerveza, el ruso se traga la cerveza y la mosca.

—Pobre Chuchita!

—Ay, hija, pues que le ha sucedido?

—Una gran desgracia! recuerdas aquel talle tan elegante, aquellos contornos tan perfectos? pues todo lo ha perdido.

—Cómo?

—Nada; el incendio de los almacenes de Regla.

—Pero, qué tiene que ver el incendio de los almacenes con el talle de Chuchita?

—Vaya si tiene! Dicen que el incendio de los almacenes tuvo lugar por el algodón que habia en ellos.

—Y qué?

—Que su mamá le ha hecho quitar todos los algodones que se ponía, porque es materia muy inflamable.

—Comprendo! y como ella no está asegurada de incendios!.....

A propósito de almacenes, dicen que á consecuencia de la quema va á ver un aguacero de pleitos. Algunas casas de esta ciudad han encargado ya cajas de tinta por mayor. Recomendamos, mientras esas remesas llegan, la que se vende en esta imprenta; pero tambien aconsejamos á la empresa demandada y á los interesados demandadores, que procuren gastar la menos tinta posible. Eso mas ganarán!

TOROS.

Recordamos á los aficionados que hoy domingo habrá corrida en la plaza de Belascoain. Los toros que se han de lidiar son escojidos y no dudamos que correspondan á lo que han dado de sí en la prueba. Harán su *debut*, como dicen los escritores de primer orden, si el casc lo requiere, cuatro famosos perros (bull dogs) capaces de rendir un castillo si fuese preciso.

UNA VISITA IMPORTUNA.



—Señora, estoy á los piés de V.

—Oh! Miente V. caballero. Si así fuese, ya estaria V. como chicharron de pellejo.

HABANA: Librería é Imprenta “EL IRIS”, Obispo 22.